

condecir él mismo astillas y trapos, así como de pararse para contemplar cómo ardían y ahumaban. ¿Qué más? ¿Qué comía el fuego, no ya fingiéndolo como los saltimbanquis, sino realmente, tragándose vivos los pequeños carbones que caían al suelo, como también los pábilos de las luces, bellos y encendidos, y

Llegado á este punto, abrazó la marquesa por las espaldas á su pequeño predicador, y besando su mejilla:—Horacio, le dijo; ¿quieres por lo visto hablar tú siempre sólo?—El niño advirtió entonces la presencia de su familia y de los señores forasteros, avergonzándose un poco. Las buenas madres se alegraron viendo que sus hijos habían estrechado amistad y que todo era común. Gozaba especialmente la señora Needle, que vivía y disfrutaba mucho con sus hijos: entre aquellos pasatiempos juveniles, alimentaba la esperanza dulce de que su primogénito, ocupado en placeres de familia, olvidaría de sus aficiones religiosas.

Aumentó su esperanza en los días siguientes: se cree lo que se ama.

XLI.

LA ORNITOLOGIA MORAL.

Pasaban los días velozmente para mistress Needle, que creía ver realizado su sueño. John primeramente sabía disimular tanto, que su muy experta madre se equivocaba. Bien que invirtiese algunas horas en examinar los papeles que le diera sir Roberto Smih, siguiendo las indicaciones de mis Julia, mostraba tomar parte activa en los entretenimientos de los demás. Hallábase á veces aquí ó allá, con la *Ornitologia toscana* de Sabi, libro que pidiera prestado al marqués Lauri. No había dicho palabra del fusil, ni de la ca-

za, ni su madre, muy poco amiga de ésta, se lo había recordado, recomendó por el contrario, á los señores de la quinta que de ningún modo le compelieran al ejercicio peligroso. John metía mucho ruido con los pájaros, entablando conversaciones sobre los buitres, sobre los grifos, sobre las águilas, sobre lasalcones, sobre los milanos, sobre las asores y sobre los gavilanes. A la verdad algo había él aprendido; el fin de las disertaciones era generalmente descender con sus hermanas y con la joven á la galería de los pájaros, donde delante de los individuos disecados rectificaba ella sus errares.

Como las horas de comer de ambas familias eran las mismas, poco más ó menos, sucedía que aun las de la conversación eran generalmente comunes; por lo cual todos venían á confundirse gustosamente en un sólo grupo. Julia entonces, con el pretexto de instruir á sus discípulas, ostentaba su ciencia de historia natural, haciendo notar los caracteres distintivos de las principales familias y géneros de las Rapaces, que eran las más numerosas en la pequeña colección. En las horas del estudio enriquecía el álbum de sus alumnas con cuatro figuras ó cinco de pájaros famosos,

exigiendo que disen, como de costumbre, su descripción minuciosa. Era un singular placer, aun para los señores Lauri, oír cómo se releían en común tales estudios, y ver á las muchachas bien instruidas distinguir por sus señales ciertas el Aguila real, ó el aleonado pájaro de Júpiter, de las águilas, de los mismos géneros y de otros afines, sobre todo cuando por diversión llamábase al factor Pierone, que pretendía haberla muerto él sobre las altísimas crestas del monte Controne, cerca de Luca, si bien (segun las crónicas más sinceras) habíala comprado sólo á uno del país, que, muerta, la llevaba á Florencia. Añadía el buen hombre la fábula de los muchos niños, sin contar los perros y los carneros, que se había comido en los países próximos. Segun él, á poco más la región hubiese quedado desierta; pero, valeroso, con su fusi! había librado al mundo de un monstruo más homicida que la Hydra de Lerna.

Pasábase después al Milano real, de plumage lindo, más resplandeciente que la misma águila, y más batallador en las fábulas que en la historia natural; después á las varias generaciones de halcones: los

alcotanes, los gavilanes, los gerifaltes y los esparabanos, verdaderos tiranos del mundo menudo de los animales, que fueron ya la gloria de la halconería de nuestros abuelos, cuando el arcabuz aun no había ofendido el reino del aire. Clara y Clemencia contaban recíprocamente las costumbres salvajes y crueles. Que ama el halcón la soledad, y da grandes vueltas sobre las crestas de los montes, sin que haga nunca su nido sino entre las grietas de las peñas inaccesibles. Desde allí, si el ansia de pasto lo compele, se va por las pendientes menos incultas y por los valles magníficos, donde mueve guerra á las zorras, á las liebres, á los peces, á las serpientes, y mucho más á la tímida grey de las aves. Julia lo consideraba como un símbolo del diablo.— El halcón, decía, cuando ha designado una víctima para su furor, la estudia primeramente, rodando mucho tiempo sobre ella, y después cae de repente en cima, sacándole los ojos por primera operación. ¡Precisamente, precisamente como el demonio! Si el demonio desea perder un alma de modo seguro, primeramente procura cegarla de guisa que rechace la verdad y se aferre al error; con esta estratagema está cierto de conseguir su propósito.—Di-

cho esto, Julia enseñaba otros ladrones y piratas de las selvas:

Aunque John se consagrara á solas á estos estudios poco á poco, cual complemento de los más graves y ajustados á su carácter, había caído en la tentación de enamorarse de las Estriges. Cada uno tiene sus gustos, y su carácter llevábale á ellas. Se le veía entreteniéndose algunas horas, completamente solo con la *Ornitología* abierta sobre un taburete y con el lápiz en la mano, á fin de apuntar los caracteres de una ave ó de un buho principalmente, comparándolos luego entre sí y con otras estriges de la tribu de las Rapaces nocturnas. Julia, para mantener su afición lejos de las pláticas religiosas, le fué diseñando un magnífico buho. Lo minió del natural, un poco de perfil, con su soberbio manto de oro leonado, y sus adornos trasversales de lindas pequeñas fajas cenicientas, pintó el pecho, en parte de blanco puro, y en parte de semi-amarillo, con pintas casi negras, que hacían resaltar los calzones, como los llaman los *ornitólogos*, tejidos de pluma blanquísima como la nieve, y más menuda cada vez que más apartábase de la espalda hacia el tarso, donde á la pluma sustituía un delicado plu-

món, que bajo los dedos parecía un velo sutil de lana sedosa. Puso el mayor estudio en el retrato de la cara, á fin de expresar aquel pico angosto y blanquecino, estrechado por dos cercos de pluma blanca aleonada, volviendo sus ruedas hasta encima del píleo de la cabeza, con dos ojos dentro prominentes, fijos y malignos, que fascinan hasta el punto de amedrentar á los pajaritos tiernos, los cuales sin defensa entréganse al monstruo, que después los devora.

Julia escribió al pie: "*Strix flammea* de Linneo. El buho. *The Wite Owl*." Ofreciéndolo á John, en presencia de su madre y de sus hermanas:—Os doy, dijo, el pájaro más toscano que se cría en Toscana; porque reina sobre la cúpula de la Catedral de Florencia, sobre la torre del palacio de la Señoría, y sobre el camposanto de Pisa, sin existir un resto de torre ó escombros de antigua muralla donde no haga nido y descansa. En todas partes funda un gobierno al uso corriente. Ama en apariencia la moderación; mas no bien acaba el día, ningún débil animalito está seguro en su albergue. Ratas, topos, comadrejas, mureielagos, todo es suyo; con una zarpada coge á los pobres gorriones

del nido, y se los come; si halla el rastro de un palomar, es capaz de disponer quedamente una insidia con aire de protector manso y benigno, celebrando luego cada noche su cena comiéndose uno de sus protegidos. ¿Por ventura no sucede lo propio en el mundo moderno?—

Sonrió John al oír las costumbres políticas del pajarraco, y dióse á poner en parangón el animal verdadero con el pintado, maravillándose de la facilidad con que Julia lo había dibujado en poco tiempo, pintándolo y concluyéndolo felizmente. Como gustábanle también las fábulas sencillas, hacía referir al factor la relación de los animales por él cogidos, colocados entonces por vía de adorno en la colección. De cada uno sabía decir Pierone el año preciso, el día y cómo habíase apoderado de él. John le daba cuerda con el fin de que charlase mucho, abonándole por oro de buena ley cualquier cuento. Hacíale pronto hablar del mochuelo, del cual el factor era enemigo jurado.—Es un animal fiero, decía; cuando ha cogido la presa, se complace mucho en tenerla palpitante bajo sus garras, antes de acabarla de matar á picotazos. A los pájaros los despluma primero, y á las ratas les quita la piel.

He hallado yo pieles de ellas en su nido; estaban como una media. Además de cruel es mago, maléfico y de mal augurio. Conoce lo futuro desgraciado, y se goza en él. Si se presenta uno en lo alto de un techo á media noche y canta el *cucu tio*, es indudable que á los pocos días ocurre una desgracia. Si hay uno postrado en cama, y el mochuelo se pone á cantar tres veces junto á la ventana, el pobrecito debe juzgarse difunto; apenas hay tiempo para darle la Santa Unción apresuradamente.—Pierone confirmaba esta doctrina con un repertorio de casos, todos auténticos, y añadía:—Si yo estuviese malo y observase al mochuelo junto á mi balcón, saltaría de la cama con el fin de tirarle, por cumplido, un escopetazo, y tener la certidumbre de que no erraría el tiro.

Cuyo gran horror al mochuelo no era tan inexorable en el buen hombre, nada bobo, que matando alguno viejo y gordo, no lo ondimentara y se lo comiera sabrosamente como una estarna: seguraba que eran tan ruines yendo por los tejados, como excelentes tostados en el asador, sobre todo echando encima un poco de limón. Además de esto, educaba varios anualmente para sus cazas caseras. Tres tenía guar-

dados aquel año, habiéndoles escogido teja y nido: educábalos exquisitamente para que hicieran el retornelo en la caza y sirvieran de reclamo. Naturalmente John ansió conocer la justa. Gustábale mucho al factor poner de realce su habilidad, y ganarse además alguna propina. La caza del mochuelo dista poco de la de otros animales semejantes. John, maravillado de la facundia del buen hombre, le pedía que se las dejase ver.

A los pocos días, en el piso de mistress Needle sólo se hablaba de ligas y de palos. Por añadidura, el marqués Lauri renovaba sus invitaciones para que visitasen su colmenar. A la buena madre no le parecía vedado tener en casa todas estas cosas inocentes, con muy poco gasto, y la grandísima ventaja de apartar á John de sus aficiones papistas. Tocaba el cielo con la mano, é iba buscando cualquier pretexto para prolongar su estancia más de lo que había decidido. Mas en medio de tantas consolaciones serenas presentábase ya en el límite del horizonte alguna mancha negra. John no se abandonaba tan por completo á las diversiones, que alguna vez no se dejase sorprender con ciertos manuscritos (eran los cartapacios de sir Ro-

berto), que cubría diestramente, aunque no tanto que la madre no vislumbrara un secreto, abriéndosele por consecuencia nuevamente la herida que recibió antes de partir de Florencia. Teníanla también inquieta las muchas cartas de miss Mary desde Parque verde, en las cuales se anunciaban males acaecidos en la parroquia y riesgos de puseísmo, que siempre á renacer volvía. Como si eso no fuese bastante para turbar la quietud de mistress Needle, antes de trascurrir diez días desde su llegada, oyó un sábado en el pueblo próximo un solemnísimo toque de fiesta, preguntando en su virtud: —¿Qué pasa?

Respondieronle:—Mañana comienza la misión.

XLII.

COQUETAS Y PISAVERDES.

John, el tosco, el taciturno, el literato, el filósofo, á fuerza de cazar de mentirijillas, se había dejado vencer por la pasión de la caza, de tal suerte, que no parecía el mismo. El factor Pierone y el compadre Domingo habíansela inspirado. Mistress Needle tenía, pues, el placer grande de oír á John agitarse muy temprano por la cámara, tirar luego la gran cadena de